

Mensaje del presidente de la AMC

Un nuevo comienzo

Este año comienza una nueva era para la ciencia mexicana. Tendremos cambio en el Gobierno Federal, lo que conlleva en sí mismo implicaciones significativas, y tendremos una nueva Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación. El CONACyT, ahora con H, que ha jugado un papel preponderante en la ciencia mexicana desde 1970, dejará de existir.

Este es un momento que invita a la reflexión sobre dónde estamos y hacia dónde queremos ir: como país, como comunidad científica. Y para eso, es conveniente recordar de dónde venimos, y rememorar brevemente algunas de las aportaciones que la AMC ha hecho a nuestro país. La historia es larga y fascinante, y de ninguna manera pretendemos hacer un estudio exhaustivo.

Este año la Academia cumplió 65 años, lo que celebró con una reunión en el Auditorio Alfonso Caso de la UNAM, en presencia del Rector de esa Máxima Casa de Estudios, Dr. Leonardo Lomelí Vanegas, del Rector General de la UAM, Dr. José Antonio De los Reyes Heredia y amplios sectores de la comunidad científica y académica nacional, así como autoridades educativas de la capital. En esa reunión se celebró también el ingreso de nuevos miembros a la AMC. El entusiasmo mostrado entre los asistentes a esa celebración fue notable; en cierto sentido fue un re-encuentro, tan necesario después de años de distanciamiento, por la pandemia y más. Es evidente que como comunidad anhelamos tener mayor presencia y participación en la vida nacional, queremos contribuir más a tener un México mejor para todas y todos. Fue también una feliz coincidencia que ese encuentro fuera en el auditorio Alfonso Caso que, por muchos años y hasta finales de los 1970s, fue el auditorio de la Facultad de Ciencias de la UNAM.

La membresía y su historia, son las dos mayores riquezas de nuestra Academia: son ya 65 años de reunir a buena parte de las y los mejores científicos del país, en todas las áreas y en todas partes, desde Baja California y Sonora, hasta la península de Yucatán, construyendo puentes y edificios para servir a México.

Las bases para tener una ciencia moderna en México se remontan a principios del siglo XX, y particularmente a la creación de la Escuela Nacional de Altos Estudios de la entonces Universidad Nacional de México, en 1910. De ésta surgieron, a finales de los años 30, las facultades de Ciencias y de Filosofía y Letras de la UNAM, génesis de múltiples institutos de investigación científica, tanto en ciencias exactas y naturales, como en ciencias sociales y humanidades.

En 1930, la ya existente Sociedad Científica “Antonio Alzate” fue designada como Academia Nacional de Ciencias “Antonio Alzate”, y en 1935 el gobierno encabezado por Lázaro Cárdenas creó el Consejo Nacional de la Educación Supe-

rior y de la Investigación Científica, y poco después el Instituto Politécnico Nacional. En 1940 se crea El Colegio de México y en 1961 nace el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del IPN, que con los años se ha expandido hasta tener una de las redes más importantes de centros de investigación del país, junto con las redes de la UNAM y la de Centros Públicos de Investigación.

Es en ese contexto que, gracias a la labor visionaria de varios grandes científicos, y con el propósito de contribuir a crear un México donde la ciencia y la tecnología sean actores importantes en el desarrollo y el bienestar social del país, que en 1959 nace la Academia de Investigación Científica, hoy Academia Mexicana de Ciencias, la AMC.

El célebre astrónomo mexicano Guillermo Haro, segundo presidente de la Academia, en 1960 y 61, decía:

“Servirse de la ciencia y la técnica con un profundo espíritu humanista, conducir las y encauzarlas hacia el bienestar y la paz, es la tarea fundamental de nuestra época.”

Esas palabras, continúan vigentes.

La Academia Mexicana de Ciencias es un espacio de diálogo donde convergen todas las áreas del conocimiento; un punto de encuentro de líderes académicos de México en todas las ciencias, con una mirada de opiniones e ideologías; un lugar donde se han gestado propuestas que han dejado huella profunda en nuestro país.

Es así que a finales de la década de los 60s, la AMC, entonces encabezada por el Dr. Ismael Herrera, colabora con el gobierno federal a través del Dr. Eugenio Méndez Docurro, para crear el CONACyT y así comenzar una nueva era para la ciencia mexicana.

En 1984, con la participación de, entre otros, los doctores José Sarukhan, Jorge Flores y Pablo Rudomin, la AMC juega nuevamente un papel central para la ciencia mexicana, al colaborar con la Secretaría de Educación Pública para crear el Sistema Nacional de Investigadores.

En 2002, la AMC colaboró con varias instituciones y con el gobierno federal para dar origen

al Foro Consultivo Científico y Tecnológico, cuyo primer Coordinador fue el Dr. José Antonio de la Peña, entonces presidente de la Academia. En sus 18 años de existencia, el Foro jugó un papel muy significativo, asesorando al ejecutivo, al legislativo, a gobiernos estatales y al CONACyT en materia de Ciencia, Tecnología e Innovación, CTI, estableciendo lazos de comunicación entre académicos, gobierno y sector privado; creando grupos de trabajo interdisciplinarios y documentos sobre temas relevantes. La desaparición del Foro deja un vacío en la posibilidad de diálogo entre los distintos sectores participantes en la CTI, que es importante llenar.

A principios de este año 2024, la AMC realizó un ejercicio colegiado de reflexión acerca de la política científica en nuestro país. Ese documento fue publicado como un capítulo del libro *“Propuestas y reflexiones sobre el futuro de la política de ciencia, tecnología e innovación en México”*, coeditado por esta Academia y el IIPPG de la Universidad de Guadalajara; está accesible a todos en la página web de la AMC (<https://amc.edu.mx/documentos-de-politica-cientifica/>). En ese documento señalamos que México carece aún de una política de CTI robusta y con peso suficiente en la agenda nacional. La AMC tiene la convicción de que el diseño de esa política debe ser el resultado de un diálogo entre todos los actores del sistema de CTI, muy particularmente con la comunidad científica y académica del país, las instituciones correspondientes y el sector privado. El desarrollo e implementación de esa agenda, debe concebirse como una corresponsabilidad de todos los actores.

Hoy vemos señales positivas que dan esperanza: tendremos pronto una Secretaría de Ciencias, Humanidades, Tecnología e Innovación. Si bien es cierto que hay discusión acerca de si crear una secretaría de estado era o no el modelo ideal de crecimiento para el sector de CTI, lo cierto es que esa era una demanda que amplios sectores de la comunidad venían realizando desde hace unos 30 años, y a mi parecer, es un claro signo de la importancia que la presidenta electa, la Dra. Claudia Sheinbaum, da a la investigación científica. Es muy afortunado, y un honor para nuestra Academia, que al frente de esa Secretaría estará la Dra. Rosaura Ruiz, quien conoce

al gremio, conoce el área y tiene amplia experiencia en puestos de alto liderazgo.

En el documento elaborado por la AMC a principios de este año, también señalamos que para lograr que la investigación científica y tecnológica aporte soluciones de fondo para resolver los grandes problemas nacionales, con un profundo sentido humanista, como lo ha planteado esta Academia desde hace más de cincuenta años, es necesario:

- i. desarrollar una estrategia de expansión de la planta científica nacional en todas las áreas;
- ii. ampliar los mecanismos de formación de recursos humanos en programas nacionales y extranjeros;
- iii. crear nuevos centros de investigación en áreas estratégicas; y dar autonomía a los CPIs;
- iv. lograr una adecuada vinculación con los sectores productivos y sociales;
- v. fomentar la divulgación de la ciencia y la colaboración con instituciones científicas internacionales;
- vi. tener visión de largo plazo, contemplando mecanismos de financiamiento estables, progresivos, multianuales y suficientes.

Con la creación de la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación, se abre una ventana de oportunidad para colaborar, reestablecer la confianza y sumar, academia y gobierno; para diseñar una gobernanza incluyente y participativa de todo el sector.

Más allá de quién sea más importante, si el gobierno, el sector privado, el sector académico o el sector social, que todos lo son, es un hecho que ninguno es más importante que los cuatro juntos, si se saben sumar. Y México necesita que sumemos.

El papel de la AMC debe ser el de un interlocutor que facilite el diálogo y las acciones concertadas con los demás integrantes del sistema.

Esperamos que los miembros de la AMC continúen siendo tanto excelentes investigadores, como incansables promotores y divulgadores de la ciencia, y formadores de vocaciones científicas. De esa ciencia que tanto necesita nuestro país para resolver sus grandes problemas, y para la que esta revista, *Ciencia*, juega un papel muy significativo.

JOSÉ A. SEADE